

EUROPA NECESITARÁ CREATIVIDAD

NICOLAS VERÓN



S upongo que vais a tener que ser creativos”, se dice que Obama exhortó a Merkel en la cumbre de Cannes del 4 de noviembre. Y parece un buen lema para el momento que vive actualmente la zona euro. La UE tiene que cambiar radicalmente sus modos, o puede que no sobreviva.

Más allá de los titulares de Grecia e Italia, el problema fundamental es una crisis de toma de decisiones en el ámbito europeo. Desde principios de 2010 no ha habido ningún momento en que se haya contenido seriamente el contagio. Es un sorprendente error de política que prácticamente todos desde fuera de Europa perciben así. Echar la culpa a las personas sería injusto. Puede que los líderes de Europa no sean héroes, pero desde una perspectiva histórica o internacional, la mayoría son razonablemente competentes, entregados y honrados. El problema no está en ellos, sino en las instituciones.

El núcleo de la difícil situación de Europa contiene un desajuste evidente: los legisladores del ámbito europeo son unos líderes cuya responsabilidad se deriva exclusivamente del electorado nacional. La mayoría no tiene el cometido de trabajar para el bien común europeo. La Comisión Europea se encuentra en gran medida carente de poder, salvo en áreas específicas de autonomía, como la política de la competencia y comercio. El BCE es una verdadera

institución federal, pero con mucha razón su margen de acción es limitado. En las áreas de política fiscal y bancaria que han cobrado un papel crucial para la unión monetaria no existe ninguna sección ejecutiva.

La concienciación sobre el desajuste desemboca en apañios parciales como el liderazgo de la *pareja francoalemana* o el más reciente *Grupo de Frankfurt* (José Manuel Barroso y Olli Rehn, de la Comisión Europea; Mario Draghi, del BCE; Jean-Claude Juncker, del Eurogrupo; Christine Lagarde, del FMI; Merkel, de Alemania; Sarkozy, de Francia y Herman Van Rompuy, del Consejo Europeo). Pero estos apañios no funcionan. La

Hace falta un marco más federal para la política bancaria y fiscal, si queremos que el euro sobreviva

mayoría de los elementos de la última *solución global* acordada en la cumbre del 27 de octubre no se puede llevar a la práctica.

Los líderes tienen que romper este molde y facultar a las personas o entidades para que tomen decisiones en nombre de los ciudadanos europeos y les rindan las correspondientes cuentas. Algunas medidas exigirán una modificación del Tratado; otras, sólo un cambio de mentalidad. La última categoría incluye iniciativas tan vitales como proporcionar garantías supranacionales para los programas de seguro de depósito nacional, con el fin de prevenir el riesgo que corren los bancos minoristas en los países con problemas.

Un organismo europeo único debería proporcionar una evaluación coherente de la posición de capital de todos los bancos grandes de Europa como base para un plan creíble de recapitalización. Los Estados miembros no deberían poder usar las empresas financieras nacionales como muletas para sus propios problemas de crédito, exponiendo en igual medida a depositantes y prestatarios. También hacen falta cambios en el Tratado para facilitar una rendición adecuada de cuentas, empezando con una composición distinta del Parlamento Europeo a fin de garantizar que los ciudadanos europeos tengan una representación equitativa, con independencia de su país. Una buena noticia reciente es el respaldo explícito de Merkel, el 9 de noviembre, a unos cambios significativos del Tratado como parte de la solución.

Si queremos que el euro sobreviva, hace falta un marco más federal para la política bancaria y fiscal, lo que en junio Trichet, entonces presidente del BCE, denominó un ministro europeo de Economía. Pero hay federaciones de muchas formas y tamaños. EEUU es un punto evidente de referencia, pero puede que haya otros más pertinentes. India, por ejemplo, muestra que una federación del tamaño de un continente puede ser lingüística y religiosamente diversa, y políticamente fragmentada en miríadas de partidos locales, pero, con todo, seguir siendo democrática y resistente. Algunos países europeos se sienten más cómodos que otros con el principio federal, Alemania más que Francia, por citar sólo un par. Existe otra dificultad adicional importante, consistente en dotar a la zona euro de un proceso de toma de decisiones en un marco de

instituciones comunitarias, incluidos los países que mantienen su moneda nacional.

Ni los líderes nacionales que pretenden conseguir la reelección, ni los agotados funcionarios pueden imaginar ni producir una transformación de este tipo en la naturaleza de la integración europea. Parte de la respuesta pasa por un debate público abierto. A pesar de todo su provincianismo, Alemania ha avanzado más en este sentido que la mayoría de los países de la eurozona. Pero en definitiva hará falta un mecanismo para proponer cambios institucionales. La tradicional conferencia intergubernamental no resulta apropiada para esta tarea, dado que los diplomáticos se encuentran obligados por las antiguas soluciones y las osificadas posiciones nacionales. Quizá le fuera mejor a un grupo más diverso de delegados nacionales, aunque la convención presidida por el expresidente francés Valéry Giscard d'Estaing en 2002-2003 no logró escapar al tradicional juego diplomático ni proponer soluciones convincentes. Habida cuenta de la urgencia, quizá debería formarse un grupo menor, sobre el modelo del presidido por el exresponsable del banco central Jacques de Larosière en 2008-2009, que abrió el camino de la innovación institucional más prometedora de Europa hasta la fecha: la creación de las autoridades supervisoras europeas.

Una Europa más federal no es una proposición fácil, pero tampoco imposible. Urgen ideas nuevas sobre cómo darle forma.

○ Miembro titular de Bruegel (Bruselas) y profesor invitado del Instituto Peterson de Economía Internacional en Washington.



LA COLUMNA INVITADA
JOAQUÍN LEGUINA

LA HORA DE LA VERDAD

Los periódicos de Madrid publicaron el domingo pasado los últimos sondeos preelectorales. La horquilla que le atribuían al Partido Popular en número de escaños iba desde 187 (ABC) hasta 198 (El Mundo); y al PSOE de 110 (El País) a 126 (ABC). En resumen: una cómoda mayoría absoluta para los populares y un notable hundimiento para los socialistas, aunque las cosas –para este partido– pueden ser aún peores. En efecto, si nos fijamos en lo ocurrido en mayo (municipales y autonómicas), podemos observar que los resultados de las encuestas, aun siendo malos para el PSOE, fueron mejores de los que obtuvo en las urnas. En aquella ocasión, o había un “voto oculto” a favor del PP o las empresas demoscópicas prefirieron equivocarse en la dimensión de la derrota por defecto y no por exceso. El próximo domingo saldremos de dudas respecto a la magnitud de la nueva derrota que todos dan por hecha.

Todos... menos **José Blanco**, quien pronunció en Vigo uno de esos parlamentos suyos destinados al mármol: “Que el PP se emborrache estos días celebrando el resultado. El PSOE lo hará el 20-N”. Y añadió a continuación: “No le pido a **Mariano Rajoy** que haga más, pero le exijo que haga tanto como yo estoy haciendo por Galicia”. Lo que quiere decir dos cosas: 1) Que el ministro de Fomento sirve a los “intereses generales” con mentalidad caciquil. Un *barrer para casa*, gallega en este caso, que contradice el mandato constitucional, y 2) que Blanco da a Rajoy por ganador.

Si al final las encuestas aciertan, no sé si José Blanco saldrá de la gasolinera en la que ahora anda metido, pero él y sus muy numerosos colaboradores (todos ellos con mando en plaza, todos sin una vida laboral previa y todos con una larga experiencia como palmeros de **Rodríguez Zapatero**) deberían hacerse corresponsables del desastre e irse con la música a otra parte, dejando el sitio a otros socialistas menos contaminados y con mejor preparación profesional.

Claro que todos ellos se han metido en las listas electorales y no en las del paro.

○ Estadístico.

LOS PROBLEMAS DE DEUDA DE LA UE

LUCAS MONJARDÍN



Italia no es Grecia... por ahora. O eso dicen los mercados, impulsando momentáneamente el diferencial de la deuda italiana sobre el bono alemán por encima del 7,5 por ciento, ayer el 7,025 por ciento, más o menos al mismo nivel al que se encontraba la deuda helena hace 18 meses, cuando la Unión Europea (no los mercados) pensaba que las medidas de austeridad impuestas a Grecia solventarían el problema del déficit. Sólo que ahora vemos que no.

Que Italia no es Grecia es cierto. Atenas, con una deuda sobre el Producto Interior Bruto (PIB) del 166 por ciento bajo crecimiento y un déficit del 14 por ciento tenía un problema de insolvencia; Italia, con una

deuda sobre su PIB del 121 por ciento tiene un problema de iliquidez. O lo que es peor, el PIB de Italia es tres veces el de Grecia, Irlanda y Portugal juntos. Por lo que no sólo su deuda (1,85 billones) es inmensa en relación a su propia economía, sino gigantesca para Francia, cuyos bancos son los principales acreedores de la deuda italiana. Con un apalancamiento del sistema financiero europeo de 40 a 1 es imposible reestructurar mínimamente la deuda transalpina sin que esto volatilice el capital de los bancos europeos forzando su nacionalización.

A diferencia de Atenas, Roma mantiene superávit una vez descontados los intereses de su deuda (superávit primario), por lo que su problema principal no es ajustar sus ratios de deuda, sino que le es imposible financiar su gasto a tipos tan altos.

El problema de Europa es la gran espiral de deuda en la que se encuentra inmersa, y que las exigentes medidas de austeridad demandadas

por el Banco Central Europeo (BCE), en un momento en el que muchos países europeos pueden estar entrando en una segunda recesión, sólo provocarán que los déficit aumenten más aún, agravando más si cabe la situación.

Aunque la canciller Angela Mer-

¿Cuántas generaciones osarán sacrificar los burócratas europeos para salvar la banca francesa y alemana?

kel lo desmiente, estos últimos meses oficiales franceses y alemanes se han visto inmersos en oscuras conversaciones sobre la necesidad de una Unión Europea más integrada y potencialmente más pequeña. Pretenden hacer una lista no sólo de los países que no quieren ser parte del club, sino de cuáles no pueden.

El presidente francés, Nicolas Sarkozy, se pronunció a este respecto, aunque después lo desmintió en Estrasburgo ante un grupo de estudiantes hablando sobre la necesidad de una Europa de dos velocidades, una Europa que se mueva más rápido que el conjunto de los 27 países integrantes.

No hay una solución fácil. Ante la fría acogida por parte de los mercados a la ampliación del Fondo Europeo de Estabilidad Económica a un billón, todavía no sabemos cómo, el BCE puede optar por imprimir dinero y comprar los bonos de los países periféricos que ya nadie quiere pese al miedo de Alemania a que se avive el fantasma de la inflación.

Y frente a esto, muchos nos preguntamos: ¿cuántas generaciones están dispuestos a sacrificar los burócratas europeos para salvaguardar la banca, francesa, alemana y luxemburguesa?

○ Consejero delegado de Capital at Work.